

EL ACUERDO EUCARISTICO DE DOMBES ENTRE CATOLICOS Y PROTESTANTES

Después de muchos años de esfuerzos, el "Grupo de Dombes", fundado en 1937 por el Abate Couturier, ha llegado a un sustancial acuerdo sobre la Eucaristía en el encuentro de 6-9 de 1971, habiendo dejado para una investigación ulterior el problema del mutuo reconocimiento de los ministerios. Damos a continuación el texto de este acuerdo, hecho público el 13 de marzo de 1972. Lleva la firma de treinta y dos teólogos protestantes y católicos.

1. Hoy, cuando los cristianos celebran la Eucaristía y anuncian el Evangelio, se sienten hermanos cada vez más, en medio de los hombres, con la misión y la impaciencia de dar testimonio juntamente del mismo Cristo por la palabra, la acción y la celebración eucarística. Por eso desde hace algunos años, el Grupo de Dombes viene examinando el sentido y las condiciones de la mutua apertura eucarística y de la celebración común.

2. Una condición particularmente importante de esta participación en la mesa del Señor es un acuerdo sustancial sobre lo que es ella, a pesar de las diversas teologías.

3. El Grupo de Dombes toma por su cuenta el texto de acuerdo de Fe y Constitución (1968), intentando clarificarlo, adaptarlo y completarlo en función de la situación interconfesional de hoy en Francia.

I. LA EUCARISTÍA COMIDA DEL SEÑOR

4. La Eucaristía es la comida sacramental, la nueva comida pascual del Pueblo de Dios, que Cristo, habiendo amado a sus discípulos hasta el fin, les dio antes de su muerte para que la celebren a la luz de la Resurrección hasta que vuelva.

5. Esta comida es la señal eficaz del don que Cristo hace de sí mismo como pan de vida a través del sacrificio de su vida, muerte y resurrección.

6. En la Eucaristía, Cristo cumple de una manera privilegiada su promesa de hacerse presente a los que se reúnen en su nombre.

II. LA EUCARISTÍA ACCIÓN DE GRACIAS AL PADRE

7. La Eucaristía es la gran acción de gracias al Padre por todo lo que ha realizado en la creación y la redención, por todo lo que realiza ahora en la Iglesia y en el mundo pese al pecado de los hombres, por todo lo que quiere llevar a término con la venida de su reino. Así, la Eucaristía es la bendición (Berekah) con la que la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios.

8. La Eucaristía es el gran sacrificio de alabanza en el cual la Iglesia habla en nombre de la creación entera. Porque el mundo que Dios ha reconciliado con él en Cristo está presente en cada Eucaristía: en el pan y el vino, en la persona de los fieles y en las oraciones que ofrecen por todos los hombres. Así la Eucaristía abre al mundo el camino de su transfiguración.

III. LA EUCARISTÍA MEMORIAL DE CRISTO

9. Cristo ha instituido la Eucaristía como el memorial (anámnesis) de toda su vida, y sobre todo de su cruz y de su resurrección. Cristo, con todo lo que ha llevado a cabo por nosotros y por toda la creación, está presente El mismo en este memorial, que es también un gusto anticipado de su reino. El memorial, en el cual Cristo obra a través de la celebración gozosa de su Iglesia, implica esta representación y esta anticipación. Se trata, pues, no solamente de recordar en el espíritu un suceso del pasado o incluso su significación. El memorial es la proclamación efectiva por la Iglesia de la gran obra de

Dios. Por su comunión con Cristo, la Iglesia participa en esta realidad de la que vive.

10. El memorial, como representación y anticipación, se vive en la acción de gracias y la intercesión. Cumpliendo el memorial de la pasión, de la resurrección y de la ascensión de Cristo, nuestro gran sacerdote e intercesor, la Iglesia presenta al Padre el sacrificio único y perfecto de su Hijo y le pide que aplique a cada hombre el beneficio de la gran obra de la redención que proclama.

11. Así, unidos a nuestro Señor que se ofrece a su Padre y en unión con la Iglesia universal en el cielo y en la tierra, nos renovamos en la alianza sellada con la sangre de Cristo, y nos ofrecemos a nosotros mismos en un sacrificio vivo y santo que debe expresarse en toda nuestra vida cotidiana.

IV. LA EUCARISTÍA DON DEL ESPÍRITU

12. El memorial, en el sentido fuerte que le hemos dado, supone la invocación del Espíritu (epiclesis). Cristo, en su intercesión celeste pide al Padre que envíe su Espíritu a sus hijos. Por esta razón, la Iglesia, viviendo en la Nueva Alianza, ruega con confianza para obtener al Espíritu, a fin de ser renovada y santificada por el pan y el vino, conducida en toda verdad y fortificada para llenar su misión en el mundo.

13. El Espíritu, invocado sobre la asamblea, sobre el pan y el vino, es el que nos hace a Cristo realmente presente, nos lo da y nos lo hace discernir. El memorial y la invocación del Espíritu (anámnesis y epiclesis), que están orientadas hacia nuestra unión con Cristo, no se pueden efectuar independientemente de la comunión.

14. El don del Espíritu Santo en la Eucaristía es un gusto anticipado del reino de Dios: la Iglesia recibe la vida de la nueva creación y la seguridad del regreso del Señor.

15. Reconocemos el carácter epiclético de toda la plegaria eucarística.

V. PRESENCIA SACRAMENTAL DE CRISTO

16. La acción eucarística es don de la persona de Cristo. En efecto, dice el Señor: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo entregado

por vosotros". "Bebed todos de él, porque esto es mi sangre, la sangre de la Alianza derramada por la multitud en remisión de los pecados". Confesamos, pues, unánimemente la presencia real, viva y activa de Cristo en este sacramento.

17. El discernimiento del cuerpo y de la sangre de Cristo requiere la fe. Sin embargo, la presencia de Cristo en su Iglesia en la Eucaristía no depende de la fe de cada uno, porque es Cristo el que se liga a sí mismo, por sus palabras y en el Espíritu, al acontecimiento sacramental, signo de la presencia dada.

18. Siendo el acto de Cristo don de su cuerpo y de su sangre, es decir, de sí mismo, la realidad dada bajo los signos de pan y vino es su cuerpo y su sangre. Es en virtud de la palabra creadora de Cristo y por el poder del Espíritu Santo, cómo el pan y el vino son hechos sacramento y por consiguiente "comunicación del cuerpo y de la sangre" de Cristo (*1 Cor.* 10, 16). En adelante, en su última verdad, bajo el signo exterior, son la realidad dada, y lo siguen siendo en vistas de su consumación. Lo que es dado como cuerpo y sangre de Cristo permanece dado como cuerpo y sangre de Cristo, y pide ser tratado como tal.

19. Constatando la diversidad de prácticas de la Iglesia, pero sacando las consecuencias del acuerdo precedente, en vistas a la conversión (metánoia) eclesial reconocida como necesaria (cf. tesis n. 2 de 1969 y tesis de 1970), pedimos:

— Que, del lado católico, se recuerde, especialmente en la catequesis y la predicación que la primera intención de la reserva eucarística, es la distribución a los enfermos y a los ausentes.

— Que, del lado protestante, se ponga en obra la mejor manera de testimoniar el respeto debido a los elementos que han servido para la celebración eucarística, es decir, su consumición ulterior, sin excluir su uso para la comunión de los enfermos.

VI. LA EUCARISTÍA COMUNIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

20. Dándose a los comulgantes, Cristo los congrega en la unidad de su cuerpo. En este sentido se puede decir: si la Iglesia hace la Eucaristía, la Eucaristía hace la Iglesia. La participación del mismo pan y de la misma copa en un lugar dado, forma la unidad de los comulgantes con Cristo entero, entre ellos y con todos los otros co-

mulgantes en todo tiempo y en todo lugar. Compartiendo el mismo pan, manifiestan su pertenencia a la Iglesia en su catolicidad, el misterio de la redención se revela a sus ojos y el cuerpo entero crece en gracia. La comunión es así la fuente y la fuerza de toda vida comunitaria entre los cristianos.

21. Cristo ha abatido con su cruz todos los muros que separaban a los hombres. No podemos, pues, nosotros comulgar con él en verdad, sin trabajar para que desaparezcan, en el seno de los conflictos en que estamos comprometidos, los muros que se levantan en la Iglesia entre razas, nacionalidades, lenguas, clases, confesiones...

22. Según la promesa de Cristo, cada creyente miembro de su cuerpo recibe en la Eucaristía la remisión de sus pecados y la vida eterna, y es alimentado en la fe, la esperanza y el amor.

23. La solidaridad en la comunión del cuerpo de Cristo (ágape) y el cuidado que los cristianos tienen los unos de los otros y del mundo, deben poder expresarse en la liturgia: por el perdón mutuo de los pecados, el beso de paz, la ofrenda de los dones destinados a las comidas comunitarias y a la distribución a los hermanos necesitados, por la acogida fraterna en el pluralismo de las posiciones políticas, sociales, culturales...

VII. LA EUCARISTÍA MISIÓN EN EL MUNDO

24. La misión no es una simple consecuencia de la Eucaristía. Cada vez que la Iglesia es verdaderamente Iglesia, la misión forma parte de su vida. En la Eucaristía la Iglesia es plenamente ella misma y está unida a Cristo en la misión.

25. El mundo ya está presente en la acción de Gracias al Padre, donde la Iglesia habla en nombre de la creación entera; en el memorial donde, unida a Cristo redentor e intercesor, ruega por el mundo; en la invocación del Espíritu, donde espera la santificación y la nueva creación.

26. Reconciliados en la Eucaristía, los miembros del cuerpo de Cristo se hacen servidores de la reconciliación entre los hombres y testigos del gozo de la Resurrección. Su presencia en el mundo implica la solidaridad en el sufrimiento y la esperanza con todos los hombres junto a los cuales son llamados a entregarse para significar el amor de Cristo en el servicio y la lucha. La celebración de la

Eucaristía, fracción del pan necesario para la vida, incita a no consentir la condición de los hombres privados de pan, de justicia y de paz.

27. La Eucaristía es también la fiesta de la continua recolección apostólica, en la que la Iglesia se regocija de los dones recibidos en el mundo.

VIII. LA EUCARISTÍA BANQUETE DEL REINO

28. El Señor ha instituido la Eucaristía para el tiempo que va de su ascensión a su regreso. Este tiempo es el de la esperanza por lo cual la celebración de la Eucaristía nos orienta hacia la venida del Señor y nos lo hace próximo. Es una gozosa anticipación del banquete celestial, cuando la redención será plenamente efectuada y toda la creación será liberada de toda servidumbre.

29. Así, dándole la Eucaristía, el Señor permite a la Iglesia que, en su flaqueza, viva hasta el fin en medio de sufrimientos y de combates, tomar aliento y perseverar.

30. Esta Iglesia que Cristo alimenta a lo largo de su marcha, discierne, por encima de todas las divisiones que persisten en ella, que la cita escatológica es una cita ecuménica donde Israel y todas las naciones serán congregados en un solo pueblo.

IX. LA PRESENCIA DE LA EUCARISTÍA

31. Cristo en la Eucaristía reúne y alimenta a su Iglesia invitándola a la comida que El preside.

32. Esta presidencia tiene por signo la de un ministro que él ha llamado y enviado. La misión de los ministros tiene por origen y por norma la de los Apóstoles; se transmite en la Iglesia por la imposición de las manos con la invocación del Espíritu Santo. Esta transmisión implica la continuidad del cargo ministerial, la fidelidad a la doctrina apostólica y la conformidad de la vida con el Evangelio.

33. El ministerio manifiesta que la asamblea no es propietaria del gesto que está realizando, que no es dueña de la Eucaristía: la

recibe de otro, el Cristo vivo en su Iglesia. Aun permaneciendo miembro de la asamblea, el ministro es también este enviado que significa la iniciativa de Dios y el lazo de la comunidad local con las otras comunidades en la Iglesia universal.

34. Por sus relaciones mutuas, la asamblea eucarística y su presidente viven su dependencia con respecto al único Señor y Gran Sacerdote. En su relación con el ministerio, la asamblea ejerce su sacerdocio real como un don de Cristo sacerdote. En su relación con la asamblea el ministro vive su presidencia como un servicio de Cristo pastor.

X. CONCLUSIÓN

35. En esta etapa de nuestra búsqueda damos gracias de que las dificultades fundamentales concernientes a la fe eucarística han sido superadas.

36. Reconocemos, sin embargo, que restan necesarias clarificaciones sobre la permanencia de la presencia sacramental y la figura precisa de la sucesión apostólica en el ministerio. Nos parece que toda participación común en la Eucaristía exige un esfuerzo real para sobrepujar estas dificultades y eventualmente, de una parte y de otra, el abandono de todo lo que está marcado por la polémica en el seno de las posiciones confesionales.

37. La prosecución de nuestra búsqueda nos debe enriquecer todavía más con los valores espirituales complementarios de que vivimos. Jamás agotaremos la inteligencia de un misterio que supera toda comprensión y nos invita sin cesar a salir de nosotros mismos para vivir en la acción de gracias y el pasmo delante de este don supremo de Cristo a su Iglesia.

XI. RECOMENDACIÓN

38. Se pregunta hoy, con frecuencia, cuál es el grado de acuerdo requerido para permitir la acogida de un cristiano por una Iglesia a su mesa eucarística. Sin pretender resolver aquí las otras cuestiones que comportan los diferentes casos de apertura eucarística, pensamos que no se debería negar el acceso a la comunión, por una razón de

fe eucarística, a los cristianos de otra confesión que hacen suya la fe profesada más arriba.

39. Por eso pedimos a las autoridades de nuestras Iglesias que consideren con atención la nueva situación creada por este acuerdo eucarístico, en el discernimiento de las peticiones de hospitalidad que les son dirigidas.